

achaque. Aquel año, hablando con Víctor Hugo, le dijo inclinándose : « Humillo el pabellón de la oreja. » El poeta repondió : « Es el único que Vuestra Alteza humillará en toda su vida. » Y halló la frase digna de transcribirla.

El relato de la muerte de Luis XVI, referido á Hugo por un Sr. Le-boucher, testigo ocular, valía la pena de ser referido. Se tienen en general pocos detalles acerca de este suceso sensacional que hoy día suministraría quince columnas de informes á los periódicos y que es referido en breves líneas por los de la época. Es una cosa vista, que el poeta ha hecho bien en referir aunque sea de segunda mano.

En el capítulo *Teatro*, hay algunas anécdotas curiosas sobre Mars, la Srta. Georges y sobre Federico Lemaître. He aquí un lindo rasgo acerca de la Sta. Mars al fin de su vida.

Acercóse el médico á su cama y le dijo : « Querida señora, calmaos, soy yo. » Ella no le reconoció y siguió delirando. Él repuso : « Vamos, enseñadme la lengua, abrid la boca. » La Srta. Mars le miró, abrió la boca y dijo : « Mirad, ¡ Oh ! ¡ todos mis dientes son verdaderamente míos. ! » Celimena tenía vida todavía.

La colección de simplezas¹ de la Academia se ha enriquecido también con algunos rasgos divertidos y estas anécdotas inéditas figurarán en adelante en sus anales tan ricos ya en frases picantes y en agudas réplicas, como el rasgo que Hugo hizo bien en transcribir. Hallábanse en sesión, en la época de las representaciones de la *Lucrecia* de Ponsard, y cambió con uno de sus colegas el diálogo siguiente : « SR. VIENNET : ¿ Habéis visto la *Lucrecia* que están representando en el Odeón ? — HUGO : No. — SR. VIENNET : Pues está muy bien. — HUGO : ¿ De veras está bien ? — SR. VIENNET : Más que bien, es una obra hermosa. — HUGO : ¿ De veras es hermosa ? — SR. VIENNET : Más que hermosa, es magnífica. — HUGO : ¿ De veras es magnífica ? — SR. VIENNET : ¡ Oh, sí, magnífica ! — HUGO : Vamos, ¿ creéis que vale tanto como *Zaira* ? — SR. VIENNET : ¡ Oh ! no. ¡ Qué de prisa vais ! ¡ Caramba ! No, no vale tanto como *Zaira*. — HUGO : Es que *Zaira* es bastante mala. »

Este mismo Viennet dijo la siguiente frase consignada por Hugo : « Yo pienso en bronce. »

Hugo se escucha á sí mismo con frecuencia. Desarrolla la idea menudamente, la repite, y la vuelve por todas sus caras. La vuelve á tomar y la presenta á fuerza de metáforas acumuladas y de ligeros toques ; el pensamiento no avanza, sino que hace piruetas y agita complacientemente sus brillantes facetas. Séneca, en las *Cartas á Lucilio*, tiene esta

1. El francés, lengua tan flexible y cómoda que se adapta á todas las necesidades, tiene la palabra *sottisier* que indica colección de simplezas, perogrulladas, etc. Nosotros sólo tenemos, en este género, la palabra : *Anecdotario*.

clase de encantadoras charlas cuando trata una idea como haría un diestro titiritero con su bola de cobre haciéndola saltar y brillar como para divertirse. Es técnica, pero la agilidad es maravillosa. Hugo refiere que los presos dibujan flores que envían á las presas de Saint-Lazare. Ya se ve el tema : flor y prisión. Lo desarrolla hasta que no puede dar más de sí como un tapiz que va á desgarrarse.

La historia encontrará útiles enseñanzas en las páginas que siguen : son retratos, recuerdos, frases, conversaciones, ya en las Tullerías con Luis Felipe, ya en la Cámara de los Pares, ya en la Asamblea nacional. Hay allí, acerca de los años 1844 á 1852, un anecdotario muy estimable. Los cuadros del sitio de París no tienen relieve ni amplitud ; son páginas de cartera ; no es el cuadro del sitio, es la autobiografía de un sitiado, demasiado preocupado con la idea de dar su nombre á un cañón y de dar lecturas de sus versos. Como los demás, ha comido caballo y rata y hasta ha leído este anuncio de una carnicería hipofágica : « Salchichón caballeresco. »

Sus relatos de viajes se recomiendan por su carácter pintoresco. Los discursos (*Actos y Palabras*) tienen grandilocuencia, pero han sido preparados y escritos, pues él no improvisaba. Algunas páginas de filosofía justifican el título que él se atribuía : el Soñador. Fué deísta por razón y panteísta por afición, pero seguramente espiritualista. Su pariente, Paul Chenay, nos lo garantiza.

Yo desearía iluminar un rincón demasiado desconocido del alma del gran poeta. Víctor Hugo creía sinceramente en Dios y en la vida futura. Respetaba á los sacerdotes, tenía en gran aprecio su carácter y jamás hablaba de ellos sino con deferencia. Ponderaba la instrucción y moralidad del clero francés cuya abnegación admiraba. Durante los largos y diarios paseos que yo daba á solas con él en Guernesey en una época más feliz, aunque era la del destierro, me había desarrollado largamente sus creencias y sus convicciones religiosas íntimas, y sus teorías acerca del alma después de la muerte. Creía que el alma de los muertos permanecía algún tiempo en medio de los seres á quienes acababa de dejar, á fin de apreciar el grado de afecto y de respeto que le tenían. Nadie hubo tan espiritualista como él ni tuvo tanta fe en la inmortalidad.

Miscelánea de literatura y filosofía (1834) es una colección de artículos publicados en diferentes periódicos. La primera parte es el *Diario de las ideas, opiniones y lecturas de un joven Jacobita* de 1819, allí mezcló cierto número de estudios publicados en el *Conservador literario* ó en la *Musa francesa*, versos de corte bastante clásico, artículos de crítica en que se muestra sensible á la influencia de Chateaubriand y artículos políticos hostiles á la Revolución. La segunda parte tiene por título *Diario de las ideas y de las opiniones de un revolucionario de 1830*. En política como en literatura, defiende en adelante el libera-

lismo. Se hallan en dicha obra excelentes páginas sobre Andrés Chénier y sobre *las Meditaciones* de Lamartine, artículos sobre Voltaire, Walter Scott y Lamennais y un estudio sobre Mirabeau, brillantemente escrito, pero sin fondo.

Le causó bastantes inquietudes el problema del mal, ya acepte el dualismo de los maniqueos, ya conciba la necesidad del mal para que la creación no sea perfecta como su creador, ya suponga que el mal pertenece al plan general del universo, el cual oculta á nuestra penetración. Tuvo la visión (*Plena Mar, Pleno Cielo*) de un porvenir en que Dios acercará á sí al hombre; la superstición, la guerra, el vicio, y el mal se desvanecerán ante el derecho, la razón, la fraternidad, la virtud y el bien. Entretanto que llega este mundo nuevo, consuélase el hombre del mal con el amor y la bondad, con la esperanza de otra vida y con la recompensa del deber. « Cumpliendo con tu deber, te haces acreedor de Dios. » La compasión, la bondad y la justicia, serán los grandes factores de un porvenir mejor.

¿Cuál fué el carácter del hombre y del escritor? ¿Qué rasgos esenciales constituyen su fisonomía literaria?

Su lirismo procede de su egoísmo. Para hablar de sí con ese entusiasmo y ese vigor, es preciso que el yo se halle extrañamente desarrollado.

A la literatura impersonal de los clásicos, había sustituido el individualismo literario, el lirismo personal, las confidencias, el culto del yo. Hugo se puso de moda; su yo, prodigiosa y grandiosamente imperioso, se ostentó descaradamente en sus actos y en sus palabras. Este egoísmo no ponía freno á su temperamento y era útil á su genio. Menos egoísta, hubiera sido menos grande. Su gloria y su siglo exigían este desbordamiento oportuno. Que estuviese pagado de sí mismo, lo proclama toda su intimidad, en su espontaneidad sincera y hace ver el sentimiento que el poeta tenía de su valor, su cuidado en asegurar su duración, todo, hasta los menores detalles, como la afición á poner sus iniciales en donde quiera que había sitio para ellas, y de hallar y componer monogramas V. H., de formas infinitas, de combinar las letras de su nombre con paisajes fantásticos, en que los caracteres de color y de fuego se destacaban sobre fondos de cielos nebulosos, de antiguos burgos arruinados ó de flores.

Se apodera de un panel de madera y graba con la punta de una navaja un croquis, lo abre por medio del pirograbado, lo colora con tonos

brillantes: es un clown en equilibrio en el espaldar de una silla. Pero mírese la sombra que proyecta: la piernas del clown forman una V, y los montantes de la silla una H.

Las torres de Nuestra Señora eran la H de su nombre. Él mismo ponía una fecha á las mechas de sus cabellos según las diferentes épocas de su vida y constituía los elementos de una exposición capilar hugociana: *Mis Cabellos*, 1835; otro paquete lleva de su mano, la fecha 1848; otro, 20 de junio de 1857, V. H; otro, 22 de abril de 1885; en un rizo dado á Julieta Drouet se ve un papel sujeto con un alfiler: *Cabellos míos*, 6 de julio de 1858. *Dado á mi dulce ángel*. V. H.

Después de los cabellos vienen las plumas. Fijó en un cartón siete plumas de ave con la indicación manuscrita: *Plumas de los Miserables*. Conocía su valor y tenía razón. ¿No se las arrancaban acaso de las manos? En una pluma de ganso fijada en un papel, escribió con mucho cuidado: 14 de abril de 1856. — Hace lo menos veinte años que no había yo cortado una pluma; he cortado ésta hace poco; puesto que la queréis os la doy. Pero ¿qué queréis hacer con una pluma de ganso, vos que tenéis plumas de cisne? El madrigal disimulaba la fatuidad y ¿qué no puede hacerse pasar con un poco de incienso?

He aquí una gorra de paño azul con visera negra. El poeta puso en ella esta frase explicativa, este boletín de celebridad, este pasaporte para lo porvenir, este certificado de belleza: « Consigno aquí que esta gorra es la misma con la que salí de París después del golpe de estado, en la noche del 11 al 12 de diciembre de 1851. Una cartera de cuero con cerradura de muelle lleva una tarjeta manuscrita: « Para satisfacer á un deseo que me expresan, certifico la pequeña aventura ocurrida á esta cartera. Ha hecho conmigo un viaje de seiscientos leguas. En 1831 al ausentarme de Guernesey por causa de salud, llevé en ella el manuscrito de *los Miserables*; jamás se ha separado de mí, y ha viajado siempre conmigo. Guernesey, 26 de mayo de 1863. » En el hotel Rondeel de Amsterdam, ha quedado pegado un boletín de equipaje. Una mesa Luis XIII manchada de tinta lleva estas palabras: « Doy á la Stra. Drouet esta mesa en la que he escrito la *Leyenda de los Siglos*, Guernesey. — Víctor Hugo, 16 de agosto de 1859. »

Podría formarse con las reliquias del grande hombre un pequeño vestuario, un depósito de objetos perdidos por el genio y hallados por la gloria. Entre ellos una llave á la que Hugo agregó este testimonio: « Doy testimonio de que esta llave es la de la habitación que ocupé en el segundo piso de la casa n.º 16, en la Plaza Mayor de Bruselas, del 5 de enero al 3 de febrero de 1852 ». Por todas partes se encuentran piedras reliquias. El poeta recogía una piedra, escribía un verso encima, firmaba y ya había un precioso recuerdo, un lindo regalo para los amigos. He aquí uno, fechado por él en Jersey el 13 de abril de 1855 con

estas palabras : « Las olas amargas me han traído rodando hasta vos. ¡ Benditas sean ! »

Fué su propio historiógrafo y el conservador de sus propias reliquias á las que puso letreros y comentarios explicativos. Al pie de los dibujos pirograbados por él en el marco de madera de un espejo, precisa el momento de su trabajo para la posteridad : « Mayo de 1870, mientras me juzgan y condenan en París. » En una hoja se ven haciendo muñecas unas cabezas, un lobo, un granujilla y una mujer enmascarada. No preguntéis lo que es, el autor ha contestado ya : « Dibujado por mí sin luz á las cinco de la tarde, 7 de enero de 1865, lo que veo en la pared. »¹

Gustábale pasearse en la imperial del tranvía Estrella-la-Villette, al que llamaba su balcón con ruedas. Cierta día llovía á cántaros. Hugo se mostraba insensible á la intemperie. Habiéndole preguntado Arsenio Houssaye : « ¿ Y vuestro gabán ? » El respondió : « Mi gabán es mi juventud. » Á pesar de la lluvia, se encaramó como de costumbre á la imperial del tranvía y el conductor le dijo con sorna : « ¿ Os gusta el sol ? » Al volver á su casa dibujó su silueta sentada en lo alto de la imperial bajo la lluvia y escribió la frase memorable : « ¿ Os gusta el sol ? » Juzgaba que no debía perderse este rasgo y en efecto aún se habla de él. En Thionville, dibuja las ruinas de la sala de sesiones del consejo municipal en 1871. Es una hermosa página trazada con amplitud y energía. La acompaña un largo comentario, que dice en substancia :

He dibujado esta sala el 30 de agosto de 1871, á las cuatro de la tarde. Al lado está el jardín público donde hacen el ejercicio unos soldados prusianos mientras unos niños tararean la *Marsellesa*. Adornaba esta sala el retrato de mi padre. Ha sido quemado con todo lo demás. Me alegro del fin que ha tenido dicho retrato, pues no convenía que mi padre fuese prisionero de los prusianos, ni aun en efígie. Había salvado á esta ciudad hacia 1814 ó 1815, etc.

¿ Á quién le contaba todo esto ? Esta larga página no se escribió para ser publicada ; hablaba para su capote, como los personajes de teatro ; se refiere á sí mismo cosas de que está archienterado ; pero sabe también que la posteridad recogerá y leerá dichas notas. En todos sus papeles íntimos habría que escribir : « páginas que deben ser encontradas después de mi muerte por el porvenir. »

Dibuja un barco en una tarjeta de su sastre. Este documento no será ni inútil, ni vano, ni despreciable² ; escribe al dorso :

1. Como se ve, no hubo hombre más cuidadoso de su gloria póstuma y facilitó grandemente el trabajo de sus admiradores. No olvidaba ningún detalle, y lo mismo era en cuestión de intereses. Si La Fontaine le hubiera conocido, hubiera escrito de otro modo su fábula *La Cigarra y la Hormiga*. (N. del T.)

2. Víctor Hugo, no obstante su inspiración corneliana, que parece habría de desprenderle de toda consideración material y de todo interés mundano, es la más viva encarnación de la burguesía francesa en cuanto á su espíritu de previsión, de economía y de utilitarismo ; por eso logró enriquecerse á costa de la ruina de su editor. Es el primer caso en que el lobo es devorado por el cordero. (N. del T.)

En el dorso de esta cartulina he borroneado mi propio destino, un barco combatido por la tempestad en medio del monstruoso océano, casi desarbolado, asaltado por todos los huracanes y todas las montañas de espuma y que sólo tiene un poco de humo que se llama la gloria, que el viento arranca y que constituye su fuerza.

Guernesey, 1836.

VÍCTOR HUGO.

La imagen es, por otra parte, linda, exacta y feliz, y hubiera sido lástima que no la hubiera escrito.

Atendía con complacencia inagotable los ofrecimientos de los industriales que deseaban bautizar con su nombre sus productos : tinta, plumas, licores, jabones, pipas (colección P. Beuve).

Siendo aún muy pequeño, se sentía ya poseído de una necesidad de dominio moral y de imperiosa superioridad. En el colegio donde estaba interno, tenía un amigo, ó más bien un vasallo que era externo y que le llevaba al mediodía algunos sueldos de embutidos : Cuando reñían, Hugo castigaba á su esclavo diciéndole : « ¡ Está bien ! ¡ No iras más á buscar mi desayuno ! »

Decía que estaba seguro de la inmortalidad del alma, que en ello se hallaba comprometido su orgullo, que un alma como la suya era la negación lógica del materialismo, porque jamás se rebajaría á ser un residuo ó un vegetal ; declaraba con altivez su fe en el porvenir ; resumía sus certezas en esta fórmula original : « Yo soy un renacuajo de arcángel. »

Tuvo el orgullo, la embriaguez, esa altivez de que se burlaba en su juventud cuando pertenecía al grupo dorado de los herederos de la pairía, y se burlaba de sus compañeros de un modo gracioso : « Son orgullosos como piojos. » « ¿ Por qué como piojos ? » — « Por que los piojos andan sobre la cabeza de la gente. » « ¿ Qué furor sentía cuando este orgullo padecía una afrenta ó un contra-tiempo ! Cierta día recibió una carta, la leyó y dijo á sus amigos :

Señores, en 1845, no era yo aún ni par de Francia, ni senador, ni siquiera Víctor Hugo ; cierta noche desperté al rey Luis Felipe para pedirle la gracia de Barbés ; á las cinco de la mañana era yo á la vez despertado por un correo de gabinete que me traía la gracia. En 1872, hallándome desterrado en Guernesey escribí á la reina de Inglaterra para pedirle la gracia de tres fenianos. Tres días después recibía de la reina Victoria una carta anunciando que concedía dicha gracia. En las mismas circunstancias, he escrito al czar, á los reyes, á los presidentes de república. El Sr. de Mac-Mahon de quien, si quiero mostrarme cortés con él, sólo puedo decir que es mi igual, me envía el billete siguiente ; os pido permiso para leerlo :

« Si el Sr. senador Víctor Hugo desea obtener una gracia ó perdón, no es al presidente de la república á quien debe dirigirse, sino al Sr. Martel, presidente de la Comisión de gracias.

« Por el presidente : E. d'HARCOURT. »

Después Víctor Hugo, arrugó, rasgó y tiró al suelo dicho billete. « Decididamente, añadió, esto prueba que no sabe ni leer ni escribir. »

Cuando Arsenio Houssaye envió con un soneto su primer volumen de versos á Hugo, éste le respondió: « Vuestro soneto vale un volumen y vuestro volumen un poema, es Teócrito y Virgilio; os admiro y os quiero. — VÍCTOR HUGO. »

Houssaye dijo á Teófilo Gautier: « Mira lo que me escribe. ¿ Se burla de mí? — No, es muy sincero », respondió Gautier, que hizo invitar á Houssaye á casa de Hugo para el domingo siguiente. Vivía en la plaza Real. El invitado recordaba largo tiempo después que quedó muy asombrado al ver en el salón un soberbio trono dorado, — sí, un trono comprado en casa de un chamarilero del boulevard Beaumarchais — y servía de escalón á aquel rey del pensamiento una espesa biblia del siglo xv puesta de plano.

No nos cuidemos de estas menudas manías. Comprendámoslas y excusémoslas. ¿ Cómo no había de ser así? Le adulaban, le incensaban hacían de él un semidiós, un ídolo: ¿ cuál podía ser el estado de un hombre que conoció triunfos como no pudo conocerlos soberano alguno, y que fué beatificado, exaltado y consagrado en vida? Se le prohibía subir en globo para no exponer una existencia tan preciosa para Francia y para el mundo. Sus manuscritos eran piadosamente copiados, colocados en un armario de hierro como secretos de Estado y se confiaban copias á diferentes amigos para evitar toda posibilidad de desaparición. Había razón para ello y nadie lo contradice; pero observemos únicamente lo que tenían de lisonjero y de embriagador estas precauciones. Era el pontífice, el dios misterioso y temido. Cuando por primera vez le presentaron á Teófilo Gautier, éste, el burlón escéptico no pudo proferir ni una palabra, sintió que se le oprimía la garganta, más conmovido aún que Enrique Heine en presencia de Goethe á quien no pudo decir otra cosa sino que hacía calor y que las manzanas de Weimar eran suculentas.

En cuanto á Monselet, aquel fogoso y terrible mozo fué á ver á Víctor Hugo, y en el momento de tirar del cordón de la campanilla, experimentó tal pánico, que echó á correr, menos atrevido que aquel pobre burgués que preguntaba al ayuda de cámara: ¿ « Puede verse al Sr. Víctor Hugo, que es tan digno de este nombre? »

Cierto día fué á visitarle el emperador del Brasil, y como dijese el poeta: « Sir, Vuestra Majestad... », el emperador le interrumpió: « Aquí no hay más majestad que la vuestra ». Y así sucedía siempre. Sus parientes le divinizaban.

La Sra. Julieta Drouet fué la amiga, la guardiana y la consejera¹. No se humilla más el brahmán en presencia de Vichnu que Julieta ante su Dios. Conservó reliquias capaces de hacer reír á los escépticos; una muela de Víctor Hugo, y en una botellita, un pedazo de uña de aquel águila, del mismo modo que, en el museo de Copenhague, se enseña una uña de Nabucodonosor. Referíanle con fidelidad ó exageración todo lo que habían oído en la calle con respecto á él. Ya se trataba de un obrero de Belleville que había dicho de él: — Cuando viene á Buttes-Chaumont, *la butte* es la montaña. Ya de un hombre del pueblo que, habiéndole visto pasar, en la feria de Montmartre cerca de un domador de fieras, y habiendo oído rugir en aquel momento á los leones, exclamó: « ¡ Han oído pasar al otro! »

Si llegaban hasta él los ataques, era para estimular su ingenio y suministrarle rasgos que luego se hacían circular, como el relativo á un Zoilo que le llamó, no como Veuillot, el Jocrisse de Pathmos, sino el cretino sublime, á lo cual respondió Hugo: « Pardiez, cretino no me molesta mucho, y lo de sublime siempre gusta. » Sí, siempre le gustaba, deleitábanle los homenajes, complaciale que se ocupasen de él y que le hiciesen justicia; se amaba á sí mismo. Esto fué una gran fuerza. Fué egoísta, amplia y copiosamente; era lo que había que ser para convertirse en jefe y maestro de la escuela literaria que nació hacia 1825. El papel de corifeo del romanticismo debía pertenecer al más grandiosamente personal de todos sus corifeos. La novedad del romanticismo consistió en el desahogo del alma, en las confidencias, en las confesiones, en las pinturas de sí mismo, en el eco de su vida interior: un yo normal y ordinario no hubiera tenido ninguna majestad.

Fué el eco sonoro de los sufrimientos y de las esperanzas de los humildes, la voz de la democracia que subía y á la que personificó y debió la fuerza expansiva y vibrante de su lirismo, al extraordinario vigor de lo que la Rochefoucauld llamaba: el amor propio, que es como una hipertrofia del Yo.

Hay otro rasgo que le caracteriza: el perfecto equilibrio de una potente naturaleza igualmente propicia á los sollozos que á la risa. No se ha insistido demasiado en la parte alegre de su carácter. Hugo halló la melancolía establecida en la sociedad; Chateaubriand y Lamartine estaban impregnados en ella. En cuanto á él, no tenía el temperamento melancólico y buscó otra cosa: fué más variado y cuando Grovestius le llamó: « bufón polichinela » exageró de un modo injurioso la verdad. Había en él un espíritu burlón y de buena pasta, enorme y exquisito, una risa de Títán descomedido. Cierta día que se disponía á subir á la imperial del tranvía, según su costumbre, estaba helando y la escarcha endurecía el

1. Recuérdese lo que ya queda dicho en otras notas acerca del importante papel de las mujeres en la vida de los literatos franceses. (N. del T.)

suelo; el conductor del ómnibus le dijo: «No, señor Hugo, hoy no, hace demasiado frío. ¡Entrad en el interior! sino por mí, á lo menos *por Francia*.» El rasgo es típico y caracteriza la inmensa popularidad del «buen bardo» así como sus aficiones populares y sencillas. Tiene aspectos de buen hombre y horas de buen humor. Descendía de buenos campesinos de Lorena. El abuelo era carpintero en Baudricourt. En la alcaldía de Dauvillers, hay un armario fabricado por él. El padre nació en Nancy. La puerta inmediata á su casa natal es la de la casa de Callot. Corre por sus venas la misma sangre lorenesa y ambos genios sienten las mismas inspiraciones y expresan las mismas alegrías. Hugo describe tipos que el otro había ya creado en su serie de grotescos, escarbando el cobre con su punta. Mendigos orgullosos, *picaros*, Quasimodo, el Hombre que ríe, *don César de Bazán*, que pasea su capa harapienta y sus medias en espiral, Gulatromba y Gavoulagoule, ya los conocíamos pues nos los había mostrado Callot.

El padre de Hugo, el general Hugo, fué jovial. Sus astucias contra Fra Diavolo (léanse en Víctor Hugo contado por un testigo). En España, como sus soldados no tenían para beber sino agua algo salada, reventó los depósitos de las fábricas de chocolate¹ para azucarar los riachuelos. Cierta día hizo tocar alarma al ver en el horizonte una nube de polvo: era un rebaño de merinos; rió grandemente y se apoderó de los animales. Sus descendientes forman hoy el orgullo de la granja modelo de Rambouillet. Hugo heredó este buen humor de su padre. Tenía ironía, frases picantes y humorismo. Su mujer decía de él: — «Es encantador.» La palabra maravilla al pronto, y hasta hubo quien encontró á aquel coloso «necio». «Sí, decía Leconte de Lisle, necio como el Himalaya.» Y queda uno muy sorprendido de que ese Himalaya tenga rincónes tranquilos y sonrientes en que resuena el sonoro charlar maligno de las fuentes. El titán tuvo horas en que se mostró encantador, conversador brillante, amable niño y hasta casi pilluelo. Tiene picardías de granujilla. Cierta día ve un asno en un prado. Se miran ambos y el asno empieza á rebuznar amablemente. Hugo hace la observación siguiente: «¡Este asno que rebuzna con tanta dulzura parece que solicita mi voto para la Academia!»

Durante un ensayo de *Ruy Blas*, la Sra. Sarah Bernhardt se sentó en el entreaño en la punta de una mesa y él le dijo:

Une reine d'Espagne, honnête et respectable,
Ne devrait pas ainsi s'asseoir sur une table².

1. Lo malo es que entonces no había en España tales fábricas, ó si existían eran sobrado modestas. Las comunidades y hasta las familias particulares hacían fabricar en su domicilio el chocolate necesario para el consumo. (N. del T.)

2. Una reina de España respetable y honrada
Encima de una mesa no debe estar sentada.

El retruécano que llama «estiércol del ingenio que vuela» le divierte y le atrae. Su espíritu no profundizaba según la costumbre del rimador que sólo atiende á la música de las sílabas y al juego de las asonaneas.

Preguntad á su secretario Richard Lesclide (*Conversaciones de sobremesa de Víctor Hugo*), á C. Rivet (*Víctor Hugo en su casa*), á A. Asseline (*Víctor Hugo íntimo*), á Julio Claretie (*Víctor Hugo, recuerdos íntimos*), á Paul Chenay (*Recuerdos acerca de Víctor Hugo*), á Challamel, á Gust, á Simon, á Paul de Saint-Victor, á todos los que le oyeron y «hojearon», según su frase; todos ellos os referirán sus graciosos caprichos. En sus obras se halla reflejada esta predisposición risueña de su espíritu. En las *Orientales*, hizo resonar los cequies y los címbalos; las españolas y las húrries, las manolas y las sultanas tienen sonrisas misteriosas, y acariciadoras insinuaciones. No es el sueño enorme del Titán. La *Sultana favorita* y *Juana la Granadina* tienen la malicia picaresca, la mirada burlona y la sonrisa. Adornan sus rimas ciertas graciosas ocurrencias semejantes á los flamencos é ibis encastrados en la punta de los minarettes.

Los *Castigos* tienen *los Tres caballos*, *la Canción de Bonaparte* y *Mastai*, *el Mono vestido con la piel de tigre*, y otros muchos caprichos esmaltados de retruécanos.

Con las *Canciones de las calles y de los bosques* pasamos del Apocalipsis al bosque de Meudon, y del Parnaso á Montparnasse.

Toca la diana de la primavera en medio del murmullo de las hojas y del crujir de las faldas; el genio hace novillos¹; el águila se hace alondra, y el gigante toma la gaita del gnomo. No tenía que hacer violencia ni á su talento ni á su carácter y tenía razón en decir

C'est le livre où je suis le plus complètement².

En los bordes del Rin, ¡qué agradable compañero de viaje! *La Aventura de los tres osos* es un pequeño relato que hubiera firmado Paul-Louis Courier.

Durante el trayecto se divertía oyendo á Paul Meurice hablar alemán y burlándose de su modo de hablar.

¡*El Año terrible!* ¡Abriremos el volumen? La inspiración lleva en él marcada la huella de su valentía y de su buen humor enteramente francés; el del granadero de Lille que tomaba un casco de bomba para afeitarse, el de Junot, que escribiendo sentado en un tambor, daba las gracias á una bala de metralla que, cayendo á su lado, le había procurado polvo para secar lo que escribía. Es imposible leer *El Arte de*

1. En Andalucía se dice: *Hacer rabona*, y en la República Argentina: *Hacer la rabona*.

(N. del T.)

2.

Es el libro en que estoy del modo más completo.

ser abuelo sin divertirse con aquellas charlas llenas de gracia infantil y de observación (léase *Lo que dice el público en el Jardín de Plantas*).

Es en verdad el abuelo La Alegría, que llevaba á sus netezuelos títeres y polichinelas para jugar á la batalla entre diputados y senadores y que inventaba aquellos cuentos capaces de desternillar de risa (estenografiados por Lesclide), *el Rey perverso y la buena Pulga* (pequeña obra maestra), *el Buen Perro que se convierte en ángel*, y *el Ermitaño que come ternera*. Los niños estaban pendientes de sus labios hasta que el héroe entraba en el café, desdoblaba el *Constitucional*, y leía: La « mirada suspicaz de Europa... el carro del Estado oscila sobre su base... el horizonte se oscurece... » Entonces decían: « ¡Ea! vámonos á acostarnos, pues empieza á decir tonterías. » En *Toda la lira* afirma:

Oui, fût-on Homère, il faut rire;
Il faut rire, fût-on Caton¹.

Sus comedias, imposibles de representar, rebozan en fantasía bulvardesca, en ellas recuerda á Margot:

J'avais toute l'orthographe,
Margot avait tout l'esprit².

Buena prueba de ello son Gabonus, que refiere sus conquistas amorosas, el diálogo del marqués de Gruccia y de Baracca ó la canción terriblemente picante de Gacquoil el marino.

Buen consejo á los amantes ó el ogro que se come al hijo de la mujer á quien ama, es la explicación poco filológica pero cómicamente ingeniosa de la expresión *croquer le marmot*. En cuanto á *La Luna*, es la fantasía desenfadada, la etimología meteorológica á posteriori del sentido hermético de este astro.

¿Qué es *Una palabra* sino la copla de la calumnia de Beaumarchais transcrita en tono mayor con los procedimientos exagerados de *Angelo*? Beaumarchais resulta siniestro.

En el *Lindero de un bosque*, se oyen resonar todas las charlas y ocurrencias de las aves silbadoras.

Sería fácil extender este examen á la obra toda entera.

Sansón hacía remolinear con su hercúlea alegría una quijada de asno; el ciclope forjaba indistintamente armas para Aquiles y pulseras para Venus.

1. ; Hay que reír, aunque uno sea Homero!
; Hay que reír, aunque uno sea Catón!

2. Yo tenía la ortografía,
Y Margot todo el ingenio.

Hugo se complacía en estos desahogos cómicos; no le desagradaba aflojar el arco y hacer zapatetas sobre la hierba.

Quand le sentier qui monte aux cimes est rapide,
Bien souvent, fatigués du soleil, nous aimons
Boire au petit ruisseau tamisé par les monts¹.

Mediante este buen humor, se pone más en contacto con nosotros. Pierde por un momento su carácter excepcional. Ya no le separa de nosotros un abismo; deja de ser un fenómeno, un monstruo de genio. Escuchar su risa es hundir de nuevo las raíces de esta frondosidad y de esta floración en el corazón mismo de la masa, en la humanidad de que formamos parte; es mostrar que las grandes llamas que brotan salen del hogar común, del corazón humano; es volver á establecer entre él y nosotros un lazo íntimo y estrecho de convivencia y de simpatía.

Esta sencillez le hace, por momentos, formar en nuestras filas y codearse con el común de los mortales. El Dios se hace hombre, niño, granujilla.

* *

Sonríe á los pequeños y á los humildes. Su magnificencia olímpica, su grandilocuencia suprasensible se resuelven en dulces palabras de bondad y de piedad, porque fué bueno, y su egoísmo se adaptó á las cualidades de su corazón. « El amor, decía á su nieto, hace al hombre mejor, cuando el hombre es bueno. Hay que amar, hijo mío, hay que amar toda la vida. »

En un artículo célebre escrito en 1836, Nisard reprochó á Victor Hugo una falta casi completa de corazón y de sensibilidad. Su poesía le parecía consistir en una « tecnología » fría, en que la sensibilidad de la imaginación reemplaza al sentimiento y la memoria al pensamiento, y, ya en aquella época, expresaba el pesar sincero de ver « aquel declinar tan rápido de un gran talento ». Esto era apresurarse demasiado.

Todo le parece un argumento para consolidar su predicción funesta, la obra y hasta el físico del autor. Su retrato se halla, por otra parte, lindamente trazado:

El rostro del poeta es hermoso y abierto; en efecto su ancha frente anuncia la imaginación y la memoria. Su mirada es dulce, y mucho menos cavernosa de lo que aparece en sus retratos. Toda la parte superior del rostro es propia de un hombre eminente por las cualidades del ingenio. La parte inferior es menos intelectual. La boca, las mejillas, la barba y toda

1. Si el sendero que guía á la cima, es pendiente,
A veces nos agrada, si el sol es inclemente,
Beber del arroyuelo que tamizan los montes.